

# AGUSTIN LARA

Y al terminar su concierto, Lara se dirigió hacia la anciana en quien había tenido fijos los ojos. Se inclinó ante ella.

—Permitame usted besarle las manos, señora. Tiene usted toda la cara de mi madre. Podría decir que es su doble.

La señora escuchó conmovida aquellas palabras y con maternal dulzura le tendió las manos, que el músico besó.

Lara mostró a la señora un viejo retrato de su madre que consigo llevaba. La anciana lo contempló y en sus ojos se reflejó instantáneamente la más viva sorpresa y la más honda emoción.

Efectivamente, ella y la madre de Lara se parecían de una manera extraordinaria.

—Imagínese usted, señora—exclamó Lara—cuáles habrán sido hoy mis sentimientos al contemplarla a usted. Yo, que no pude ver morir a mi madre; yo, que no pude poner sobre su frente el último beso, he creído un instante que en usted se me aparecía, como una visión santificada.

La señora acogió a Lara con inefable dulzura. Y al despedirse aquel día le dijo estas palabras de profundo significado:

—Efectivamente, yo tengo el mismo rostro que tenía su madre muerta... Pero en realidad, todas las madres nos parecemos.

Durante su estancia en Caracas, Agustín Lara buscó muchas veces el refugio del cariño maternal de la señora, perteneciente a una de las familias más ilustres de Venezuela.

Cuando Lara salió de La Guaira para La Habana, la ancianita fué a despedirle al barco. Y antes de zarpar el buque y después de tenderle sus manos para que las besara por última vez, le regaló una medalla de oro con esta sencilla inscripción: "Agustín. Diez de mayo".

## CONGOJA

En Cuba, teatro de anteriores triunfos de Lara, se repitió el gran éxito de Venezuela, a través de los micrófonos de la C-M-Q, que extendieron las últimas y más hermosas melodías del músico mexicano.

Una noche, Lara oyó en la radio una voz de mujer. El músico quedó suspenso ante aquella maravilla de expresión y de sonido. Era una voz de contralto cálida, pastosa, emocional; una voz que era queja de viento y lumbre en el horizonte. La mujer invisible recitaba versos de Nicolás Guillén, versos de manigua y de playa, versos de negros nostálgicos y rítmicos, versos de canela y bongó.

Preguntó el músico a alguien que pasó por su

Hacia que sus actuaciones fueran frecuentes. Por las noches componía en la soledad de su casa. Trabajaba, bullía, pero el recuerdo no se daba por vencido; el recuerdo no se iba de él.

¡Mercedes!... ¡Mercedes!...

Su nombre y su imagen eran la obsesión de su alma huérfana, desolada.

Una noche asistió a una fiesta que en su honor daban unos amigos. En medio del bullicio y de la alegría, Lara—la copa en la mano, la amargura en los labios—sentía que estaba a punto de echarse a llorar.

Sintiendo que todo aquello le ahogaba, anunció su deseo de marcharse. Algunos intentaron retenerle, pero una persona que le conocía bien, que sabía de sus dolores, dijo:

—Déjenle que se vaya. Necesita estar solo.

Aquella noche, Lara no usó su automóvil. El aplaudido en América y en Europa, autor de melodías que habían cruzado el mundo, el artista más popular de México, se echó a andar, solo y errante, por las calles de la ciudad, como en aquellos tiempos de vagabundo en que topó con la estrella que era aquel farol que alumbraba la puerta de casa de Carolina.

¡Qué congoja y qué pena sentía!... ¡Qué pena de él, de su vida, y de la vida de ella!... ¡Qué pena del amor y qué pena de todo!

Quiso pasar por la calle de Matamoros. Estaba en sombras y solitaria... Y allí se dibujaba, en la noche, la silueta de la casa aquella: igual, igual que antes, igual que cuando él vivía en la vieja casa con la cajera de "Salambó". En la oscuridad de la noche, él adivinaba el balcón de hierro verde, donde ella ponía flores; y la ventana desconchada donde cantaba, tan mal, la viuda aquella; y el portón con clavos de bronce, donde la portera colocaba sus letreros; y el quicio donde se besaban con sus novios las vecinas que entonces tenían quince años.

Sí; allí estaba la casa, como antes... como antes, pero sin ella. No; no era igual... Otros hombres y otras mujeres se amarian entre los viejos muros... Pero no era igual... Como aquel amor suyo, no habría otro ni hubo nunca otro.

Plantado en la acera, miraba a la casa, almendra de su pasado. No pudo más. Le temblaban los labios y le escocían los ojos. Se llevó las manos a las mejillas. Estaba llorando.

Temiendo que su congoja estallara a gritos en medio de la calle, echó a correr como un ladrón sorprendido. Tomó un taxi.

Entró en su casa y se dejó caer llorando sobre el piano. Poco a poco sus ojos se secaron y su aliento se hizo más fácil. Sus dedos recorrieron el teclado en una caricia desconsolada. Aquella noche nació la canción de su angustia, de su dolor y de su esperanza: "Tú Volverás".

Muy pronto, la melodía se pobló de versos.

Su voz, en la soledad de su casa y de su alma, comenzó a cantar tenuemente:

"No sé por qué te fuiste..."

¡Qué triste me dejaste!

Si vieras qué difícil

es vivir sin ti..."

No puedo consolarme

¡qué negro es mi destino!

No volver a encontrarte

más en mi camino.

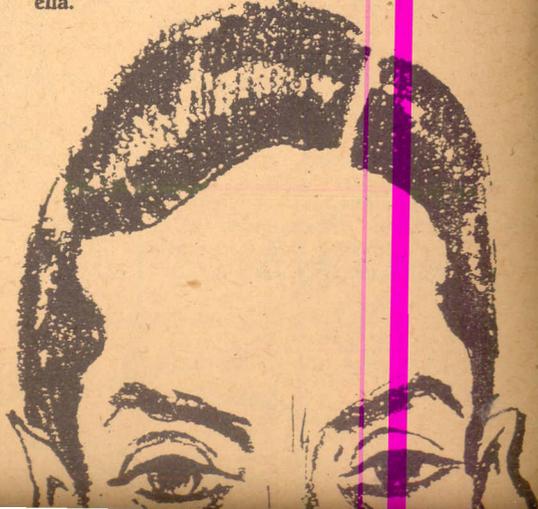
Volverás, tú volverás



Mlle. Lina D'Acosta, soprano de fama internacional, que en L'Empire de París fué la intérprete de las canciones que en francés escribió el músico-poeta.

amor y su gloria, que el sol que había besado sus sueños de juventud y la noche que había refugiado su bohemia, llenaban su alma de tristeza y desesperanza... Porque en esta ciudad amó a Mercedes, porque ese sol es el que había visto durante tantos años, reflejado en los ojos de ella, porque en noches iguales había sonado su mejor canción: la canción de la voz y los besos de ella. En aquellos días, el dolor fué el inseparable compañero de Agustín Lara.

No podía respirar este aire: el aire que respiraba ella.



madre que conmigo llevaba. La anciana lo contempló y en sus ojos se reflejó instantáneamente la más viva sorpresa y la más honda emoción.

Efectivamente, ella y la madre de Lara se parecían de una manera extraordinaria.

—Imagínese usted, señora—exclamó Lara—cuáles habrán sido hoy mis sentimientos al contemplarla a usted. Yo, que no pude ver morir a mi madre; yo, que no pude poner sobre su frente el último beso, he creído un instante que en usted se me aparecía, como una visión santificada.

La señora acogió a Lara con inefable dulzura. Y al despedirse aquel día le dijo estas palabras de profundo significado:

—Efectivamente, yo tengo el mismo rostro que tenía su madre muerta... Pero en realidad, todas las madres nos parecemos.

Durante su estancia en Caracas, Agustín Lara buscó muchas veces el refugio del cariño maternal de la señora, perteneciente a una de las familias más ilustres de Venezuela.

Cuando Lara salió de La Guaira para La Habana, la ancianita fué a despedirle al barco. Y antes de zarpar el buque y después de tenderle sus manos para que las besara por última vez, le regaló una medalla de oro con esta sencilla inscripción: "Agustín. Diez de mayo".

### CONGOJA

En Cuba, teatro de anteriores triunfos de Lara, se repitió el gran éxito de Venezuela, a través de los micrófonos de la C-M-Q, que extendieron las últimas y más hermosas melodías del músico mexicano.

Una noche, Lara oyó en la radio una voz de mujer. El músico quedó suspenso ante aquella maravilla de expresión y de sonido. Era una voz de contralto cálida, pastosa, emocional; una voz que era queja de viento y lumbré en el horizonte. La mujer invisible recitaba versos de Nicolás Guillén, versos de manigua y de playa, versos de negros nostálgicos y rítmicos, versos de canela y bongó.

Preguntó el músico a alguien que pasó por su lado:

—¿Quién es?

—Xiomara Fernández.

Y quien le respondió no dijo una palabra más. El nombre lo decía todo: Xiomara Fernández.

Enamorado de la voz de Xiomara, el artista mexicano hizo que se la presentaran. Era una mulata clara, ¡una mulata de cabello rubio! Ante ella, Lara cerraba los ojos para escuchar el timbre solemne de su voz.

—¿Cómo deseo que cante usted alguna canción mía!

Y Xiomara Fernández cantó dos canciones de Lara, entre el entusiasmo de los cubanos.

Triunfador, Lara regresó a México. La faena y la gloria eran suyas, pero en su corazón había quejas de recuerdos y de soledad.

¡Mercedes!... ¡Mercedes!... ¿Qué sería de ella?... ¿Cómo viviría ella?... ¿Le recordará ella?

Volvió a actuar en la "W", por cuyos micrófonos pasaron sus sensaciones y aventuras de París y aquella canción, "Naufragio", que era la explosión de llanto de sus recuerdos, lejos de la patria y del amor perdido.

de él, de su vida, y de la vida de ella... ¡qué pena del amor y qué pena de todo!

Quiso pasar por la calle de Matamoros. Estaba en sombras y solitaria... Y allí se dibujaba, en la noche, la silueta de la casa aquella: igual, igual que antes, igual que cuando él vivía en la vieja casa con la cajera de "Salamó". En la oscuridad de la noche, él adivinaba el balcón de hierro verde, donde ella ponía flores; y la ventana desconchada donde cantaba, tan mal, la viuda aquella; y el portón con clavos de bronce, donde la portera colocaba sus letteros; y el quicio donde se besaban con sus novios las vecinas que entonces tenían quince años.

Sí; allí estaba la casa, como antes... como antes, pero sin ella. No; no era igual... Otros hombres y otras mujeres se amarian entre los viejos muros... Pero no era igual... Como aquel amor suyo, no habría otro si hubo nunca otro.

Plantado en la acera, miraba a la casa, almena de su pasado. No pudo más. Le temblaban los labios y le escocían los ojos. Se llevó las manos a las mejillas. Estaba llorando.

Temiendo que su congoja estallara a gritos en medio de la calle, echó a correr como un ladrón sorprendido. Tomó un taxi.

Entró en su casa y se dejó caer llorando sobre el piano. Poco a poco sus ojos se secaron y su aliento se hizo más fácil. Sus dedos recorrieron el teclado en una caricia desconsolada. Aquella noche nació la canción de su angustia, de su dolor y de su esperanza: "Tú Volverás".

Muy pronto, la melodía se pobló le versos.

Su voz, en la soledad de su casa y de su alma, comenzó a cantar tenuemente:

*"No sé por qué te fuiste...*

*¡Qué triste me dejaste!*

*Si vieras qué difícil*

*es vivir sin ti...*

*No puedo consolarme*

*¡qué negro es mi destino!*

*No volver a encontrarte*

*más en mi camino.*

*Volverás, tú volverás*

*porque te quiero;*

*has de volver, has de volver*

*porque te espero.*

*El nido aquel*

*quedó sin tu calor*

*y falta en él*

*lo que no quiso Dios...*

*Tú volverás y volverás*

*porque me quieres.*

*Y has de volver*

*porque sin mí te mueres.*

*Tú volverás, regresarás*

*has de volver, tiene que ser,*

*lo juro yo, que al fin*

*eres mujer..."*

La aurora le encontró dormido sobre el piano, rendido de tanto querer y tanto recordar.

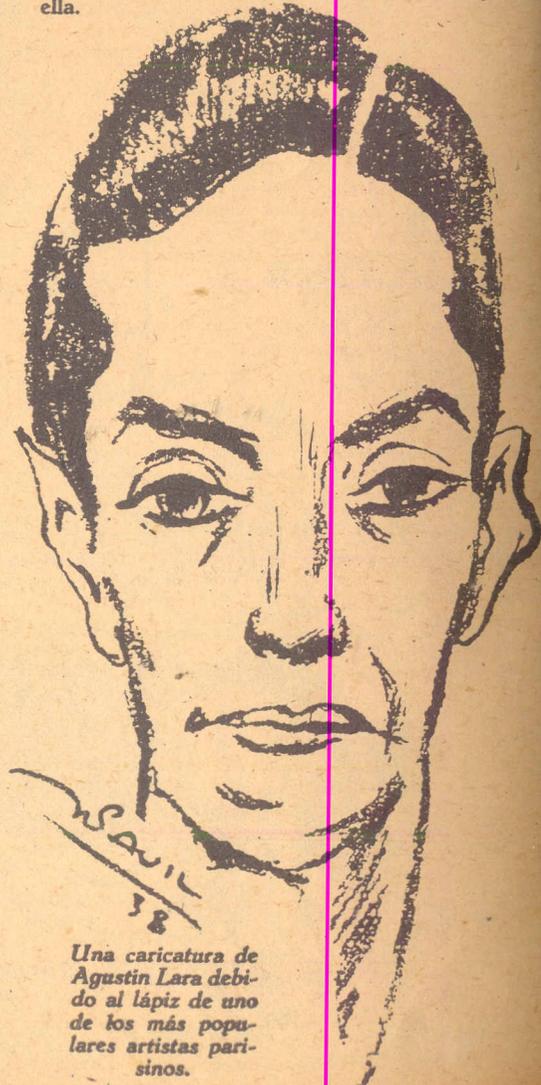
### ALMA ERRANTE

México, las cosas familiares, cuánto le recordaba su pasado, le pesaba como una losa de plomo. El, que tanto había deseado regresar a su patria, ahora, que de nuevo se encontraba en ella, sentía que la visión de la ciudad que alumbró su

*Wain*  
38  
Mlle. Lina D'Acosta, soprano de fama internacional, que en L'Empire de Paris fué la intérprete de las canciones que en francés escribió el musicopoeta.

amor y su gloria, que el sol que había besado sus sueños de juventud y la noche que había refugiado su bohemia, llenaban su alma de tristeza y desesperanza... Porque en esta ciudad amó a Mercedes, porque ese sol es el que había visto durante tantos años, reflejado en los ojos de ella, porque en noches iguales había sonado su mejor canción: la canción de la voz y los besos de ella. En aquellos días, el dolor fué el inseparable compañero de Agustín Lara.

No podía respirar este aire: el aire que respiraba ella.



Una caricatura de Agustín Lara debido al lápiz de uno de los más populares artistas parisinos.



El músico-poeta en el Bosque de Bolonia, que él recuerda con melancolía y con verdadero amor a la Francia inmortal de ayer.

Sabía que Mercedes estaba en México; pero también sabía que aquel amor se había ido para siempre.

No podía vivir en la ciudad. No podía estar en México, él, que tanto ama a México.

Y una voz amiga le dijo:

—Debes irte. Es lo mejor que puedes hacer...

El tiempo y la distancia, si no matan los recuerdos, los adormecen.

Por aquel entonces, ofrecieron a Lara un contrato en la Cadena de Radio norteamericana National Broadcasting Corporation.

Al mismo tiempo le ofrecieron un contrato en el Casino Atlántico de Río de Janeiro. Lara decidió aceptar ambas proposiciones. Y se dirigió a Nueva York, donde en la National Broadcasting Corporation actuó durante dos meses.

Allí, en el torbellino de la ciudad tumultuosa, se sentía más solo, más triste que nunca.

Pero pasaron los días... Y una mañana, un incidente cualquiera le hizo comprender que, por lo menos, se iba aturdiendo.

Llegó el día en que había de salir para Río, en el vapor "Uruguay".

En su alma cantaba su vieja canción:

Adelante,  
no detengas ese paso, caminante,  
peregrino del camino,  
que el destino lleva errante...  
Y luego, como un lamento:

¡Ay!... He perdido un amor  
que era toda mi luz,  
que era mi único sol.  
¡Ay!... Esos labios en flor  
no apagaron la sed  
que hay en mi corazón!...

Caminante... Eso era él... caminante...

por las noches, cuando la cubierta está solitaria, sale a mirar, como un sediento de nubes y sombras, la luna y el mar? ¿Quién es este hombre que lleva el dolor en los ojos y un lamento sin voz en los labios?

Las gentes le miran con curiosidad. Algunos dicen que es un misántropo; otros, acaso, que odia a sus semejantes... ¡El, el hombre que ha sembrado consuelo de corazones con sus melodías y con sus versos!

Lara se pasaba los días encerrado en su camarote, a solas con su pena, y las noches en cubierta, a solas con el mar.

¡Aun Mercedes!... ¡Siempre el recuerdo de Mercedes!

Su gran amor tenía que terminar así, y más valía así.

Aun en los días borrachos de felicidad, ¡cómo lo presintieron él y ella! ¡cómo lo presintió él en la última estrofa de "Brujería", aquella canción de los tiempos de dicha!

"Te tuve, fuiste mía,  
tus ojos de mujer me asesinaron  
y en el milagro de su brujería,  
mis marchitos amores naufragaron,  
mis marchitos amores naufragaron..."

Estaba solo una noche más... Arriba, el misterio del cielo; abajo, el misterio del océano. Perdida en las tinieblas de popa, cantaba un marinero una canción del sur.

En el puerto en que yo te besaba  
no me esperes más.  
Que mi barco le teme al recuerdo  
y no vuelve atrás.

Una noche... Era una de esas noches en que la

—¿Es usted francés?—preguntó Lara, viendo en aquel encuentro un símbolo de su canción.

—Sí, señor... Por lo menos, lo era hasta hace unos meses. Pero ahora ya no tengo patria... Me la han robado.

Calló el hombre y calló Lara, conmovido.

—Soy violinista—dijo el desconocido—. Voy a Río. Luego, a cualquier parte.

La soledad se prestaba a las confidencias.

—Esta canción—dijo Lara—la he hecho pensando en una ciudad y en una mujer. La ciudad se llama París; la mujer se llama... ¡qué importa el nombre!

A los labios de los dos hombres comenzaron a afluir los recuerdos de la capital de Francia.

—Ahora ella, la ciudad de la luz, estará en tinieblas, como este mar que nos lleva—dijo el violinista.

—Ahora ella, la mujer del amor, sólo es un recuerdo—suspiró Lara.

—Quisiera pedirle un favor—exclamó el francés—. Sí, aunque los refugiados no nos atrevemos a pedir favores a nadie.

—Dígame, se lo suplico.

—Quisiera que me permitiese traer mi violín para tocar con usted esa canción.

—Vaya... Aquí le espero.

## APARICION

Se fué el francés y a poco volvía con su violín en la mano.

—¿A ver, maestro, cómo es la melodía?

Tocó Lara. El violinista le siguió.

—La segunda vez saldrá mejor.

Volvieron a tocar la canción, ya seguros, brillantes, inspirados. De pronto, cuando aun no habían terminado, la melodía fué truncada por una voz de mujer que exclamaba:

—¿Pero de dónde ha salido esta música?... ¿Qué es esto tan lindo?

Se volvieron los dos hombres sorprendidos.

¿Era una mujer o una aparición?... Ella se adelantó esbelta, lánguida, gentil. Y con una sonrisa que era una caricia, volvió a preguntar:

—¿Qué es eso tan hermoso que estaban tocando ustedes?

Lara no respondía; la contemplaba simplemente. Fué el francés quien reveló:

—Es una canción que acaba de componer el señor. Y señaló al músico mexicano.

Ella tendió a Lara su mano de rosa, como si le diera las gracias por una merced.

—¿Y cómo se llama la canción, señor?—preguntó con su dulce acento portugués.

—Aun no tiene nombre... Es una canción recién nacida. Aun no tiene palabras.

—¡Qué lástima!—suspiró ella.

—Yo le prometo—afirmó Lara—que para usted escribiré la letra de esta canción antes de que el barco llegue a Río Janeiro. Título, lo tiene ya. Acaba de ocurrírseme en este instante, contemplándola a usted.

Sonrió ella.

—¿Contemplándome a mí?

—Sí.

—¿Y cuál es ese título que yo le he inspirado?

—Este: "El último ensueño".

Ella volvió a sonreír y volvió a cantar...

Sabía que Mercedes estaba en México; pero también sabía que aquel amor se había ido para siempre.

No podía vivir en la ciudad. No podía estar en México, él, que tanto ama a México.

Y una voz amiga le dijo:

—Debes irte. Es lo mejor que puedes hacer... El tiempo y la distancia, si no matan los recuerdos, los adormecen.

Por aquel entonces, ofrecieron a Lara un contrato en la Cadena de Radio norteamericana National Broadcasting Corporation.

Al mismo tiempo le ofrecieron un contrato en el Casino Atlántico de Río de Janeiro. Lara decidió aceptar ambas proposiciones. Y se dirigió a Nueva York, donde en la National Broadcasting Corporation actuó durante dos meses.

Allí, en el torbellino de la ciudad tumultuosa, se sentía más solo, más triste que nunca.

Pero pasaron los días... Y una mañana, un incidente cualquiera le hizo comprender que, por lo menos, se iba aturdiendo.

Llegó el día en que había de salir para Río, en el vapor "Uruguay".

En su alma cantaba su vieja canción:

*Adelante,  
no detengas ese paso, caminante,  
peregrino del camino,  
que el destino lleva errante...*

Y luego, como un lamento:

*¡Ay!... He perdido un amor  
que era toda mi luz,  
que era mi único sol.  
¡Ay!... Esos labios en flor  
no apagaron la sed  
que hay en mi corazón!...*

Caminante... Eso era él... caminante... Su vida era un largo camino que no apagaba su sed de amor y de infinito...

Y ante su eterno vagar, se preguntaba:

—¿Voy a conquistar nuevas glorias, o voy huyendo de mis viejos dolores?... ¿Soy un triunfador o un derrotado?

El había contemplado Nueva York con esa mirada vieja de los españoles y los latinoamericanos —raza antañona y sabia— que no se asombra de nada.

Y dijo su adiós a Nueva York... No fué un canto a su grandeza, a su inmensidad. Fué un canto al espíritu de Nueva York.

*Broadway, camino de oro  
Broadway, muchacha rubia de ojos azules  
Rosa en la noche de Nueva York.  
sin corazón.*

Y puso pie en la cubierta del "Uruguay", que había de llevarle a Río.

### EL CIELO, EL MAR Y LA NOCHE

¿Quién es este hombre, que en el barco no habla con nadie?... ¿Quién es este hombre que rehuye la gente y la risa?... ¿Quién es este hombre que

por las noches, cuando la cubierta está solitaria, sale a mirar, como un sediento de nubes y sombras, la luna y el mar? ¿Quién es este hombre que lleva el dolor en los ojos y un lamento sin voz en los labios?

Las gentes le miran con curiosidad. Algunos dicen que es un misántropo; otros, acaso, que odia a sus semejantes... ¡El, el hombre que ha sembrado consuelo de corazones con sus melodías y con sus versos!

Lara se pasaba los días encerrado en su camarote, a solas con su pena, y las noches en cubierta, a solas con el mar.

¡Aun Mercedes!... ¡Siempre el recuerdo de Mercedes!

Su gran amor tenía que terminar así, y más valía así.

Aun en los días borrachos de felicidad, ¡cómo lo presintieron él y ella! ¡cómo lo presintió él en la última estrofa de "Brujería", aquella canción de los tiempos de dicha!

*"Te tuve, fuiste mía,  
tus ojos de mujer me asesinaron  
y en el milagro de su brujería,  
mis marchitos amores naufragaron,  
mis marchitos amores naufragaron..."*

Estaba solo una noche más... Arriba, el misterio del cielo; abajo, el misterio del océano.

Perdida en las tinieblas de popa, cantaba un marinero una canción del sur.

*En el puerto en que yo te besaba  
no me esperes más.  
Que mi barco le teme al recuerdo  
y no vuelve atrás.*

Una noche... Era una de esas noches en que la luna se da luz en los ojos. Era una de esas noches en que la luna tiene la cara de la mujer que amamos.

Ya de madrugada, tras su contemplación de la noche, que se le metía en el alma, el músico entró en uno de los salones del barco.

Al fondo, en un rincón, se ofrecía mudo y solitario, un piano brillante.

Lara se sentó ante él. Su tristeza necesitaba convertirse en música. Y los dedos de Lara recorrieron el teclado. Su alma estaba llena de París, del espíritu de París. Y el recuerdo de París se fundía con el recuerdo de Mercedes.

De sus dedos y de su corazón comenzó a nacer una nueva melodía, en aquel salón solitario del "Uruguay".

¡Qué tristezas y qué nostalgias, presentes y lejanas, tenían aquellas notas nacidas en una noche de luna radiante!

De pronto, cuando ya había compuesto la melodía de la canción entera, vió una sombra a su lado. Alzó la cabeza. Un hombre le contemplaba con ojos de emoción.

—Continúe usted, por favor—le suplicó en francés el desconocido.

ra tocar con usted esa canción.  
—Vaya... Aquí le espero.

### APARICION

Se fué el francés y a poco volvía con su violín en la mano.

—¡A ver, maestro, cómo es la melodía!

Tocó Lara. El violinista le siguió.

—La segunda vez saldrá mejor.

Volvieron a tocar la canción, ya seguros, brillantes, inspirados. De pronto, cuando aun no habían terminado, la melodía fué truncada por una voz de mujer que exclamaba:

—¿Pero de dónde ha salido esta música?... ¿Qué es esto tan lindo?

Se volvieron los dos hombres sorprendidos.

¡Era una mujer o una aparición?... Ella se adelantó esbelta, lánguida, gentil. Y con una sonrisa que era una caricia, volvió a preguntar:

—¿Qué es eso tan hermoso que estaban tocando ustedes?

Lara no respondía; la contemplaba simplemente. Fué el francés quien reveló:

—Es una canción que acaba de componer el señor. Y señaló al músico mexicano.

Ella tendió a Lara su mano de rosa, como si le diera las gracias por una merced.

—¿Y cómo se llama la canción, señor?—preguntó con su dulce acento portugués.

—Aun no tiene nombre... Es una canción recién nacida. Aun no tiene palabras.

—¿Qué lástima!—suspiró ella.

—Yo le prometo—afirmó Lara—que para usted escribiré la letra de esta canción antes de que el barco llegue a Río Janeiro. Título, lo tiene ya. Acaba de ocurrirme en este instante, contemplándola a usted.

Sonrió ella.

—¿Contemplándome a mí?

—Sí.

—¿Y cuál es ese título que yo le he inspirado?

—Este: "El último ensueño".

Ella volvió a sonreír y musitó con un acento nuevo:

—Gracias.

Y se miraron...

.....  
¡Era una de esas noches en que la luna tiene la culpa de todo!...

(Continuará en el número próximo.)

Caricatura de Agustín Lara.

